

dar torpe, desgarrado, recio y fornido, Hércules enharinado; con traspies de beodo, enredado en figura de cotillón; de éstos una buena puñada había atravesado las *pistas* de nuestros barracones; de Inglaterra nos venía la mayor parte de ellos, y es que Inglaterra—ha dicho el autor de *Les frères Zenganno*—ha ideado asociar el ingenio á la materialidad del ejercicio de fuerza, la gimnasia se ha transformado en pantomima: siniestra se ha vuelto allí la gracia del payaso, y la caricatura se trueca en fantástica pesadilla.

Ah! es que el *humor se padece* cada vez con mayor tristeza; es que desde Deburau,—el ilustre, el apologado por Teófilo Gautier, el amigo de Julio Janin y de Carlos Nodier, el eternamente triste,—hasta aquel Mazurier,—de quien dice un biógrafo que en *Yocko*, hacía reír con sus muecas y llorar con su muerte—Mazurier, rival de Talma y de la Mars—todos han podido repetir la frase sacramental de los payasos ingleses: *Here we are gain—all of a himp!—How are you?*

Bell ha hecho fortuna porque es un buen *reidor*, porque detrás de aquella máscara blanca no se descubre la sombra de esa punzadora enfermedad que resulta, según la expresión de Bourget, de «la desproporción entre la realidad y el deseo;» porque en su carcajada franca no hay nada del amargo dejo de ese emponzoñado licor que apuramos todos,..... todos, hasta el *payaso*, porque el veneno ¡ay! se ha infiltrado, más que entre ningunos otros, entre los que ríen; porque de la risa de Bell podría decirse lo que de la risa de Shakespeare ha dicho Carlyle: es una oleada alegre que nos refresca el corazón.—He aquí todo el secreto.

Bell ha tomado la divisa de desempeñar alegremente su oficio, ya recomendada por Mirabeau, y se le da un ardite lo que haya escrito Marco Aurelio en sus *Pensamientos* ó lo que Bakounine haya consignado en sus *Cartas á los oficiales rusos*. Él acepta el mundo tal como es, ni pretende corregirlo siquiera; la humanidad no es tan mala como opinan algunos misántropos, pero siempre conviene que haya Código Penal; el *hombre solo*, ensalzado por Rousseau, no le causa gran admiración: las masas suelen ser dominadas por un sentimiento, como dice Mr. Taine, pero es más fácil dominarlas por una carcajada; la dicha, la desgracia, abstracciones

que viven dentro de nosotros mismos, *puntos de vista*, nada más; al través de todas las tristezas de la humanidad se descubre un punto luminoso, como en esos días lluviosos de Primavera hay un espacio azul; y allá, mucho más allá, ¿cómo ha de faltar un rinconcito de cielo para el que ha llenado alegremente su tarea? ¿No equivale todo esto á un sistema completo de filosofía?

¡Quince años! En este espacio de tiempo ¡cuántas eminencias han pasado de prisa y corriendo al lado de Bell, mientras el *clown*, firme en su puesto, ha ido, noche á noche, luchando á brazo partido contra este gran inconstante que se llama el público!

¡Quince años! Sabeis que ninguna de esas eminencias hubiera resistido á esta tenaz, persistente batalla? Nosotros que á la segunda temporada en que nos sirve Sieni un mismo tenor, ya comenzamos á murmurar contra el *impresario*, y cada vez que Coquelín ha repetido una pieza, no hemos acudido á la cita, hemos mimado, consentido, glorificado á este hombre, y cuando anuncia tres beneficios, aun nos parece poco, y pedimos siempre: más! más! Sí, más, más; es decir, otros quince años más!

Y siempre victorioso, siempre alerta, siempre en lo alto, flotante al viento el amplio pantalón de abigarrados colores, la chaquetilla de bordados fantásticos, el gorro puntiagudo, la boca prolongada en cuadro, de oreja á oreja, la nariz avanzando al aire por atrevido pincelazo, los grandes lagrimones negros, los ojos encapotados bajo enorme aglomeración de cejas, el semblante de muda interrogación cómica, de curiosidad maliciosa, una personalidad de arte que se ha paseado triunfadora de uno á otro extremo de la República y á quien debemos las risas más frescas que se han asomado á nuestro corazón, en el que resuenan, como puñado de monedas de oro arrojado en vaso de cristal de Bohemia, las risas de nuestros hijos, las más amadas, las más suaves, las más refrescantes, las más ansiadas. ¿Cómo quereis que no tengamos gratitud á este hombre? Gracias, señor Bell, muchas gracias!

Un niño que piensa en Bell es casi un ángel que sienta en el cielo. Para estos pequeños amados seres Bell es sinónimo de Bondad, de perfección absoluta. Bell debe poderlo todo: hay *bebé* que lo mezcla en sus oraciones. Una niña